

Diario de a bordo, y estoy trabajando en uno de prosa, **Retratos fallados**, en el que habrá de todo: semblanzas, narraciones, comentarios y memorias. ■ **Declaraciones recogidas por CARLOS ESTEVEZ y MONCHO PERNAS.**

Noticia de un pueblo

«Cambio social en un pueblo de España» (1) titula el antropólogo norteamericano Joseph Aceves a su estudio sobre El Pinar. Ciertamente, El Pinar es un pueblo español (de Segovia), pero no es un pueblo cualquiera, por lo que no todas las conclusiones de este estudio son generalizables al resto de los pueblos españoles, aunque algunas aseveraciones del autor sí que lo son, y no sólo a municipios hispánicos, sino de cualquier parte del mundo y de cualquier tiempo de su historia. Así, cuando concluye: «Lo que quieren granjeros, resineros, comerciantes, artesanos y todos en general es hacer más dinero trabajando menos», pretensión tan po-

(1) Joseph Aceves: «Cambio social en un pueblo de España (Antropología sobre nuestra realidad)». «Conocimiento de España». Barral Editores. Barcelona, 1973.

co insólita, que es extensible a todo el mundo. O cuando redescubre la «contrainte» durkheimiana en el muy tópico y típico «¿Qué dirán?».

El padre de Aceves nació aquí y a principios de los años veinte emigró a los Estados Unidos. El Pinar «constituye —dice el descendiente— uno de los pueblos más representativos del programa de Ordenación Rural», y este fue otro de los motivos para la elección. Por suerte para los pinareños que no han emigrado, su pueblo no es de los más representativos de España. Y, por ello, a la hora de repartir generalizaciones conviene hacerlo con mano avariada. Quizá sea esto tributo obligado en casi todos los estudios de este tipo. Y pienso al decirlo en el interesante trabajo sobre Belmonte de los Caballeros de Carmelo Lisón Tolosana (convertido aquí cuatro veces —páginas 165, 166, 190 y 197— en Lisón Tolosano).

Los valores base para este aldeano de «raza caucásica y católica» son los clásicos del honor, la vengüenza y la familia, a los que hemos de añadir el de la tranquilidad, conseguida «mediante un comportamiento de anulación». ¿Es de la unión de este comportamiento y del «individualismo de

los pinareños» de donde viene el que «los grupos de acción civil son desconocidos en El Pinar» y de donde puede deducirse que «el dirigente que no sea capaz de dar órdenes de una forma autoritaria y dominante ya no es un dirigente, según la forma de pensar de los aldeanos?»

A veces, estos aldeanos vistos por Aceves dan la impresión —y yo mucho que me alegro— de ser casi tan felices como los de aquel Calabuig berlanguero, y eso que todavía perdura el recuerdo del «horror que la guerra civil imprimió en la comarca».

Aceves ha realizado su estudio con evidente cariño y ejemplar dedicación. Sin embargo, el resultado escrito de sus dieciocho meses pinareños es desigual, porque aunque aporta muchos detalles, bastantes de ellos resultan innecesarios (al menos para el lector español), y de este ingente acarreo no acabamos de sacar una visión tan clara como era de esperar. En cambio, cuando incide en lo peculiar de El Pinar, el libro gana en interés. Así sucede en la parte destinada al estudio del campo, especialmente al tema resinero. La resina de los pinos, la estructura de la propiedad, los avatares de esta explotación, etcétera, son más novedosos

para un lector español que el hecho de que los alcaldes sean designados a dedo y no elegidos por los ciudadanos, primera particularidad política nacional de que el doctor Aceves da noticia en la relación del pueblo de su progenitor. Relación hecha, como ya hemos dicho, con mucho cariño y con un poco de ingenuidad como cuando escribe: «Desgraciadamente, ningún joven de Segovia ha tenido la suerte de visitar los Estados Unidos, pero existen esperanzas de que algún día se realice ese viaje». ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

En busca del pecado original

La autobiografía de un actor popular y archifamoso como Anthony Quinn podría limitarse (como la de su colega David Niven) a una sucesión frívola de anécdotas, repletas de otros nombres no menos famosos, para que pudieran deleitar a mitómanos y curiosos enfermos. El mundo de Hollywood, los amores secretos de figuras admiradas y de cómo se puede llegar a alcanzar la fama, suelen ser, generalmente, los elemen-

tos básicos de este tipo de libros.

Sin embargo, Anthony Quinn se ha planteado su «autobiografía» (1) de manera bien diferente. Para él, el ejercicio de escribir más de cuatrocientas páginas refrescando pasajes de su vida supone la posibilidad de encontrar algunas respuestas que precisa para entenderse mejor. Quinn no intenta alardear de escritor (aunque en algún momento, inevitablemente, caiga en la tentación), ni de humorista, ni de triunfador. La suya es una introspección honesta que pueda explicar sus conflictos primordiales. Narrada a un psicoanalista, su autobiografía va avanzando en la caza y captura de explicaciones, hasta llegar finalmente a una solución provisional. La candidez de Anthony Quinn no le impide entender algunas motivaciones fundamentales en la configuración de su carácter. Y justamente son éstas las que pueden trascender la explicación de un «caso» aislado para situarse en una dimensión social más amplia e importante. La revolución mexicana, vivida con su madre, la miseria posterior, la lucha por superar el «status» de «mexicani-

(1) «El pecado original», de Anthony Quinn. Editorial Pomare, 1973.

tosucio y hambriento», la discriminación de la que es víctima a causa de su origen y su posterior renuncia ante la fastuosidad y mentira del mundo del cine, forman el esquema argumental del libro de Quinn. Pero cada uno de sus pasajes (escritos —supongo que siempre dentro de lo que cabe— con una sorprendente y brutal sinceridad) se articulan en un proceso coherente que trata de clarificar el conflicto fundamental de la personalidad de Quinn: el de conseguir superar tanto un resentimiento alimentado durante años como un complejo de culpabilidad por haberse vendido a los explotadores. De ahí que la lectura de su trabajo pueda incluso apasionar.

Ciertamente, Quinn no alcanza el grado de profundidad que quizá necesitaba su esfuerzo. Pero la estructuración de «diario de psicoanálisis» permite una comprensión «entre líneas» que, de alguna manera, reemplaza lo no escrito directamente. Así, su lucha con el «niño», personaje imaginado que alcanza visos de realidad, que atormenta y persigue al protagonista hasta conducirle a la enajenación, punto de división en la biografía de Quinn entre su conciencia de mexicano marginado y su traidora ascensión en el mundo de la riqueza. El «niño» será el eje psicoanalizado; su lucha con el atormentado Quinn, la base de la revisión autobiográfica. Y el lector puede añadir de su propia cosecha la simpatía o el rechazo por ese personaje literario, en función de las significaciones que le encuentre.

Libro, pues, en cierto modo «abierto», no lejano a la estructuración de un guión cinematográfico, cuyo último sentido debe encontrarse en la reflexión del lector. Quinn no escamotea los datos que puedan ayudar a su comprensión. Los fundamentos de su filosofía cristiana y la manera en que, desde su origen económicamente mise-

